

¿Por qué ganó Chávez?

Por : Fernando Spiritto⁽¹⁾

La versión más difundida entre los politólogos venezolanos sostiene que la democracia puntofijista floreció porque mantuvo a raya el conflicto que es inherente a todo sistema político utilizando la renta petrolera como mecanismo legitimador. El *sistema político de conciliación*, como lo denominó Juan Carlos rey, se apoyó en la movilización de las masas encuadradas en las estructuras partidistas y en la distribución del ingreso petrolero mediante una gran cantidad de instituciones y mecanismos que “compraron” la paz social y la estabilidad política.

Varios factores coincidieron para ponerle fin al arreglo político instaurado en 1958. Entre los más destacados tenemos: el colapso del rentismo petrolero y la incapacidad de la elite gobernante para articular e implementar una estrategia económica que lo sustituyera; la incapacidad de los partidos tradicionales para asimilar el cambio y abrir nuevas vías de comunicación con la sociedad civil; la exagerada exposición del sistema político a intereses organizados que bloquearon los intentos de reforma; el desprestigio del liderazgo tradicional ante la población, haciendo de la corrupción el criterio universal para juzgar a “los políticos”; y el aumento explosivo de la pobreza que ha colocado en esa situación a más de la mitad de los venezolanos.

En otras palabras, la catástrofe social generada por el deterioro económico de los últimos lustros alienó a la inmensa mayoría de la población y le hizo retirar su apoyo a los líderes e instituciones tradicionales, que al no contar con el otrora eficaz rentismo petrolero, fueron desplazados por lo hoy podemos llamar genéricamente el Chavismo. Punto Fijo fracasó porque no pudo satisfacer las crecientes expectativas populares, dejando el camino libre para el régimen consolidado en las elecciones del 30 de julio pasado.

La historia recién contada plantea algunas preguntas interesantes sobre la actual situación política. Si la democracia puntofijista fracasó porque permitió o no pudo revertir la catástrofe social de los tiempos recientes, entonces ¿cómo es posible que un gobierno como el actual, que no ha podido detener las tendencias empobrecedoras, continúe imbatible en cuanto al apoyo popular se refiere? Si la pobreza ha aumentado cinco puntos porcentuales en los últimos 18 meses⁽²⁾, ¿cómo se explica el abrumador apoyo popular del Presidente? ¿No se supone que un país paralizado económicamente y azotado por el desempleo y la delincuencia dará la espalda a sus gobernantes y buscará nuevos horizontes? ¿Por qué la experiencia puntofijista no se repite en las actuales circunstancias?

Una respuesta tentativa a las interrogantes arriba planteadas puede construirse alrededor del concepto de sociedad de masas. Es decir, la presencia en buena parte de la sociedad venezolana de un comportamiento de masas podría explicar tales peculiaridades. La “sociedad de masas” a la que aquí nos

referimos no es aquella que tanta repulsión causó a José Ortega y Gasset (¿sabrá esto el Presidente Chávez que tanto lo menciona en sus discursos?). No se trata del reinado de la muchedumbre; del gentío en la calle, cuya presencia en la política, como establece el pensamiento político aristocrático y reaccionario que representa el gran pensador español, ha generado un liderazgo mediocre. Tal pensamiento aristocrático desprecia a las masas y añora tiempos ya superados cuando las multitudes se mantenían sometidas y al servicio de las élites iluminadas. El advenimiento de las mayorías al poder, llegó a decir Gustav Le Bon, es el símbolo más evidente de la decadencia de nuestra civilización.

La sociedad de masas que aquí nos ocupa se refiere a una sociedad atomizada cuyo tejido social está roto. Esto deja a los ciudadanos aislados (o alienados) porque los cuerpos intermedios han desaparecido o ya no constituyen efectivos medios de participación. La sociedad de masas así entendida es todo lo contrario de una sociedad pluralista donde los cuerpos intermedios alimentan la democracia. En la sociedad de masas, como dice William Kornhauser⁽³⁾, “existe un conglomerado de individuos vinculados entre sí solo en virtud de su relación con la autoridad común, especialmente el Estado... Los individuos no están relacionados directamente unos con otros en una variedad de grupos independientes... La falta de relaciones autónomas origina la alienación social generalizada. La alienación acentúa la atracción que suscitan los movimientos de masas porque proporciona ocasiones de expresar resentimiento contra lo que existe, a la vez que promete un mundo totalmente distinto. En pocas palabras, *la gente atomizada es fácil de movilizar*” (Destacado en el original).

La inexistencia de cuerpos intermedios tiene importantes consecuencias políticas. La principal es la relación directa entre los individuos y el poder, sin que ninguna instancia mediadora “filtre” esos intercambios. En esas circunstancias, el poder puede manipular y centralizar. La masa participa, o cree que participa, porque el poder abre vías directas de acceso mediante la movilización política, la retórica, la simbología patriótica o la militancia contra enemigos supuestos o reales. El resultado más común de ese proceso es la centralización política o el simple autoritarismo: si el individuo o la familia no cuenta con las vallas protectoras de los distintos grupos que conforman la sociedad civil, o de las instituciones del Estado de derecho, el poder podrá entrar más fácilmente en sus vidas bien sea manipulando, movilizándolo o reprimiendo. Eso sucedió, exactamente, en la Alemania Nazi y además nos muestra lo extremadamente peligroso que es para la democracia el esquema Ceresoliano del Caudillo-Ejército-Masa.

Al no existir cuerpos intermedios, o no contar éstos con credibilidad o amplia cobertura, los individuos tienden a ser fácilmente manipulados o enrolados en causas extremas. Vale destacar que la principal tarea de las instancias intermedias entre el Estado y la familia es la socialización de los individuos. Las organizaciones sociales inculcan valores, educan, informan, y proveen parámetros con los cuales juzgar situaciones. Sin tales organizaciones, la probabilidad de que el individuo sea manipulado aumenta sustancialmente. Sin ellas los individuos se convierten en masa, y son capaces de creer cualquier

cosa: desde que su raza es la elegida para regir al mundo, hasta cualquier pequeña o gran mentira que sus gobernantes quieran decirles.

Contrario a lo que pueda pensarse, la sociedad de masas experimenta altos niveles de politización. El hecho de estar aislados socialmente no significa que los individuos dejen de cuestionar su ambiente o buscar culpables a sus problemas. La crisis los echa a un lado, pero ello no significa que pierdan su disposición a la acción si la oportunidad se les presenta. Tal como dijimos arriba, la sociedad de masas es proclive a la movilización y a la acción directa. Es, además, el terreno ideal para la siembra de lugares comunes, clichés, simbolismos vacíos, soluciones mágicas y, especialmente, liderazgos carismáticos que materialicen todo lo anterior.

¿Qué factores generan una sociedad de masas? Kornhauser habla, sin pretender establecer generalizaciones indebidas, de discontinuidades que alteran en forma traumática la estabilidad de un país y repercuten en todo el tejido de su sociedad, sin importar la clase social. Así, entre otros, menciona el paso acelerado de una economía agrícola a una economía industrial y urbana, los daños desbastadores de una guerra, o los efectos de una recesión con su secuela de pobreza y desempleo. Tales discontinuidades alteran el medio social de los individuos dejándolos aislados o alienados. Si el sistema político no tiene la capacidad para absorber tales cambios, como lo hizo Punto Fijo en sus mejores tiempos, las crisis se desata hasta el punto de que es posible el estallido de una revolución.

En el caso de Venezuela, el aumento de la pobreza experimentado en los últimos años ciertamente califica como una severa discontinuidad social. Ese lento pero sostenido proceso afecta hoy a por lo menos a dos tercios de la población. Venezuela ha sufrido una verdadera catástrofe social. No importa qué indicador se utilice, todos señalan a una mayoría de la población que pierde poder adquisitivo; que se ubica en el desempleo o en la economía informal; que carece de los servicios públicos esenciales; que abandona progresivamente el sistema escolar y no cuenta con adecuada cobertura sanitaria; que es azotada por la delincuencia; en suma que pierde contacto con su entorno social y se refugia en la frustración. Eso que llamamos la sociedad civil no es más que un pequeño espacio social donde algunas ONG tienen un rol protagónico pero una limitadísima cobertura. El resto de la población está al margen; luchando con sus problemas.

En una situación como la descrita, el fenómeno Chavez es perfectamente comprensible. El auditorio chavista, el que provee su apoyo electoral, puede ser cautivado fácilmente con la retórica, el efectismo y el conveniente enemigo interno (los adecos, la oligarquía, los corruptos). Tantos años de deterioro socio-económico han dejado a medio país sin referencias concretas. La crisis ha destruido el tejido social y los cuerpos intermedios no han podido cumplir sus labores básicas de educación, socialización y representación. Sólo así es posible explicar que un conjunto de políticas públicas y posiciones políticas que van en contra de la experiencia mundial tengan un mayoritario soporte popular.

No estamos sugiriendo que Venezuela fue en el pasado un país con una poderosa sociedad civil y que ahora todo se ha perdido. Tuvimos y seguimos teniendo extraordinarias experiencias de organización popular (Fe y Alegría es un orgullo nacional) al margen de los grandes intereses políticos y económicos. El problema ha sido su limitada cobertura. En el pasado, las debilidades de la sociedad civil venezolana fueron compensadas por las instituciones del Pacto de Punto Fijo. El problema es que el colapso de ese sistema político ha dejado un vacío que no puede ser llenado exclusivamente con “política”, como pretende la Quinta República. Hace falta una ofensiva educativa, económica e institucional que reconstruya tanto al Estado como al tejido social. En eso anda el actual gobierno, aunque no con los resultados esperados.

Por último, unas palabras de advertencia. El decir que en Venezuela existe una sociedad de masas en los términos arriba expresados, puede dar origen a reacciones sociales de tipo excluyente. Algo así como que los que están con Chávez están equivocados porque constituyen sectores ignorantes y pobres, mientras los que se le oponen poseen la verdad revelada. Polarizar al país en esos términos sería el peor daño imaginable a la democracia venezolana. Además, como enfatiza Kornhauser, los movimientos de masa se nutren de todas las clases sociales porque nadie escapa a los rigores de la crisis. La oposición al chavismo debe ser tolerante y tener en mente un hecho fundamental: cualquier proyecto político en el siglo XXI debe tener a los más pobres y desasistidos como su prioridad absoluta.

(1) E-mail: fspiri@cantv.com.ve

(2) Luis Pedro España: Fin de la transición, inicio de la gestión. El Nacional, 6 de agosto de 2000, P. A-9.

(3) Aspectos Políticos de la Sociedad de Masas. Editorial Amorrortu. Buenos Aires, 1969. P. 30-31.